

como esclavo también el segundo, sometido á la tiranía del padre, dueño de su vida y de su muerte. El hombre quería dominar, quería hacer sentir la presión de su fuerza, porque aspiró á ser como Dios, y dominaba, oprimía á su familia, primer objeto y el más inmediato que se le presentaba, sin pensar que Dios, de quien era émulo envidioso, no tanto hace sentir su imperio por la presión de su poder y de su dignidad, cuanto por la suavidad de su amor y por la ternura de su bondad esencialmente difusiva. El egoísmo, el orgullo no quedaba satisfecho todavía con ser el tirano de la familia para ser su Dios, y buscaba al débil, al pobre, al vencido, y le sometía á su dominación, haciendo esclavos á los hombres. De esta manera, siendo la familia una sociedad de esclavos bajo la tiranía de un padre, la sociedad civil, la sociedad de los pueblos, resultaba también compuesta de familias esclavas bajo la dominación de uno ó de muchos tiranos, que explotaban á la humanidad en beneficio suyo. Es inútil aducir pruebas: es un hecho que domina la historia de todos los pueblos antes de Jesucristo.

Este, que habia bajado del cielo para recordar al hombre su dignidad y su destino, y ofrecérsele como modelo que debiera copiar para ser imagen de Dios, vino también á recordar á la sociedad su verdadero carácter, presentarle el modelo á que debe conformarse, y restaurar con su doctrina y con su ejemplo las relaciones que deben unir á sus miembros. Por ello presenta su unión con el Padre, como sociedad y unión que el hombre admire y procure imitar. «El Padre y yo somos una misma cosa (1). El Padre me ama, y yo le amo (2),

(1) Joann. X, 30.

(2) Id. III, 35.—XIV, 31.

y hago siempre su voluntad (1). Desciende en la gradación del modelo, y estableciendo su sociedad con los hombres, les dice: «Como el Padre me ama á mí, os amo yo á vosotros; permaneced, perseverad en mi amor (2). Yo soy la vid, vosotros los sarmientos (3): una misma savia nos alimenta. Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y no solo le amaré yo, sino también mi Padre, y vendremos á su corazón, y á él nos uniremos, estableciendo allí nuestra morada.» (4) ¿Comprendéis, Señores? Si me amais, guardareis mis mandamientos, y mi mandamiento es que permanezcáis unidos con lazo de caridad, que os améis como yo os he amado. Si con este amor permanecéis unidos y cumplís mi voluntad, el Padre os amará, y moraremos en vuestro corazón, vivificándoos con nuestra caridad, para que viváis de nuestra misma vida, y en vuestra sociedad se refleje la del Padre conmigo, y la suya y mía con vosotros. Parece poco todavía, y enseña á los hombres á unirse entre sí y formar una sociedad perfecta, dándoles reglas para que cimentada sobre ella, sea una imagen de la sociedad esencial y eterna. Cuando lo ha hecho, levanta los ojos al cielo, y exclama: «Padre, has dado á tu Hijo potestad sobre toda carne, para que dé á todos vida eterna. La vida eterna es esta, que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á tu enviado Jesucristo. He consumado la obra que me confiaste: les he dado á conocer tu nombre, les he enseñado las palabras que me has comunicado... El mundo no te conocía, y yo les he dado este conocimiento. Padre santo, guarda en tu nombre á aquellos que

(1) Joann. VIII, 29

(2) Id. XV, 9.

(3) Id. id., 5.

(4) Id. XIV, 23.

me diste, para que sean una misma cosa como somos nosotros, para que sean todos una misma cosa, como yo en ti y tú en mí, y yo en ellos.» (1)

¡Qué amor, qué ternura hay en estas palabras! ¡Cuántos misterios en ellas! Descubren la gran misión de Jesucristo, enseñan dónde está el principio de todo bien para el hombre y para la sociedad, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, para vivir según él: *en esto está la vida eterna*. Prueban la causa de todos los desórdenes antiguos: el olvido, la ignorancia de Dios. *El mundo no te conocía*. Proclaman la necesidad de la unión de voluntades para la vida de la sociedad: *Guárdalos para que tengan esta unión*. Presentan el lazo de la verdadera sociedad: *que sean una misma cosa como nosotros*; para que el amor con que me has amado esté en ellos *y yo en ellos*; es decir, por la caridad. Expresan, en fin, la necesidad de la acción de Dios, sin la cual en vano trabajan los que edifican (2): *«Guárdalos, te ruego que los guardes, que los mantengas y conserves, Padre Santo.»*

¿No os parece admirable, Señores, esa encadenación que establece Jesucristo y mantiene el Catolicismo? La revelación de Dios, uno y trino, eterno y esencial, modelo del hombre y de la sociedad; la unión de Dios con la naturaleza humana en la persona de Jesucristo; la unión del hombre con Dios, por la gracia y por la Iglesia; la unión de los hombres entre sí en sociedad perfecta en el orden espiritual, en el orden doméstico, en el orden político ó civil. Fijémonos solo en el último eslabón de esta cadena que lo une todo á Dios, y veamos la doctrina y ejemplos de Jesucristo, que tienden á conservar y engrandecer la sociedad.

(1) Joann. XVII.

(2) Psalm. CXXXVI, 1.

He dicho antes que la sociedad exige para su perfección la unidad de ideas sobre el origen y destino del hombre, la uniformidad de sentimientos que de aquella nacen, y la conformidad de acciones para llegar á la común aspiración. Esto es lo que infunde desde luego Jesucristo. La fe da esa unidad á las ideas: ella es la base sólida del grande edificio. Por ello la Iglesia que tiene esta base, es imperecedera. De la fe nace la esperanza que aspira al bien que aquella descubre, y de ambas la caridad, que es el medio de llegar á él. Por esto dijo Jesucristo: «Id y enseñad á todo el mundo todo cuanto os he mandado (1),» y compilando toda su ley, añade: «Os doy un mandamiento nuevo, que os améis mutuamente.» La caridad, hermanos, hé aquí el lazo de la sociedad de los hombres entre sí, como lo es de la sociedad del hombre con Dios, y de la sociedad de Dios consigo mismo. Ella es la que une y estrecha las partes del todo social, sin destruir la naturaleza ni aminorar la grandeza de cada una; acerca sin confundir, estrecha sin oprimir, sujeta sin humillar, difunde sin despojar: todo lo enriquece, todo lo exalta, todo lo vivifica, todo, en fin, lo diviniza.

Así como en la sociedad de la familia la naturaleza del hombre da á unos el carácter de padres, y el de hijos y hermanos á otros, así en el orden político la naturaleza de la sociedad señala á unos el lugar superior, y el inferior á otros. Sin la paternidad y la filiación no hay familia; sin la autoridad y la dependencia no hay sociedad. Pero el orgullo del hombre resiste la sujeción como ama la dominación. ¿Quién es el hombre para mandar al hombre? Sin duda el hombre, por serlo, no tiene derecho

(1) Matth. XXVIII, 19, 20.

ficada la autoridad y ennoblecida la obediencia (1). Así se imposibilita la tiranía y las revoluciones, añaden Rousseau y Montesquieu (2); así, en fin, concluye Lamennais, el poder social se convierte en un poder paternal para la sociedad, y esta es la razón de la firmeza, y al mismo tiempo de la suavidad del poder en los pueblos cristianos (3).

Enseñada esta sublime doctrina, la Religión hace oír á los que mandan y á los que obedecen, la palabra de Jesucristo: «Amaos mutuamente como yo os he amado;» ó lo que es lo mismo, sacrificaos unos por otros, emplead cuanto sois en el bien de los otros. El amor lleva en sí la idea del sacrificio; es la donación que el amante hace al amado, de cuanto es y cuanto tiene, para hacerle feliz y gozarse en esta felicidad. Explicando su palabra á los que mandan, dice Jesucristo: «Sabeis que los que tienen principado entre los gentiles, los dominan y se enseñorean de ellos, y sus príncipes se arrogan potestad sobre sus personas. Entre vosotros no será así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser primero, sea el siervo de todos, á imitación del Hijo del hombre, que siendo Dios no vino á reinar con orgullo y egoísmo haciéndose servir, sino con la humildad y la caridad, sirviendo á todos y sacrificándose por todos hasta morir por ellos (4). ¡Qué sublimidad, Señores! Mandar amando, y sirviendo por amor al súbdito; obedecer amando y sirviendo por amor al superior. ¡Qué doctrina más digna de Dios y más digna del hombre! (5)

(1) Bonald.

(2) Rousseau, *Emilio*, lib. 4.—Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. 24, c. 3.

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*.

(4) Luc. XXII, 25.

(5) Imperant enim qui consulunt.... Obediunt autem quibus consulti. Sed in domo justí viventis ex fide, et adhuc ab illa cœlesti civitate

«Todos ganaron con esta revolución dichosa, exclama un ilustre y católico escritor, honra de nuestra patria; todos ganaron, los pueblos y sus gobernadores: los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida.» (1)

Pero la sociedad, hermanos míos, no la forman solo las relaciones entre los que mandan y los que obedecen, sino las de estos entre sí. También la caridad es su principio. «Todos sois hermanos, dice Jesucristo, porque todos teneis un mismo Padre.» (2) Amaos, pues, mutuamente. Habeis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; más yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogado por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover en el campo de los justos y de los pecadores (3). Amaos unos á otros como yo os he amado, y en esto se conocerá que sois mis discípulos (4). No devolvais mal por mal, sino haced bien, y con él venced el mal (5). Sed misericordio-

peregrinantis, etiam qui imperant, serviunt eis quibus videntur imperare. Neque enim dominandi cupiditate imperant, sed officio consulendi; nec principandi superbia, sed providendi misericordia. (S. Aug., *de Civit. Dei*, lib. XIX, cap. 14.)

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. 1, cap. 2.

(2) Matth. XXIII, 8.

(3) Matth. V, 44, 45.

(4) Joann. XIII, 35.

(5) Rom. XII, 21.

sos, como lo es vuestro Padre celestial; sed perfectos, como lo es él (1). Amaos hasta sacrificaros unos por otros, porque la gran prueba de amor es el sacrificio, es dar la vida por el amigo (2).

¿Quién habrá que, meditando estas doctrinas y estos preceptos tan sublimes, no reconozca el pensamiento de Dios, la obra del que es la santidad y la caridad por esencia? ¿Qué son comparadas con ellas las utópicas doctrinas de los antiguos y de los modernos filósofos, que solo saben predicar el egoísmo que mata la sociedad, y engendrar en el corazón el orgullo que pretende dominar, avasallar todo, y nunca sacrificar nada por el bien de los demás? Admirémoslas en sí mismas, admirémoslas en sus consecuencias, en los beneficios que el Catolicismo ha hecho á la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Inmenso campo se abre, Señores, á nuestra vista, si queremos estudiar los beneficios del Catolicismo. Todo lo bello, todo lo grande, todo lo sublime, todo lo santo que hay en el órden intelectual, en el órden moral y en el órden social, todo es fruto de ese árbol de vida, todo tiene su origen en Jesucristo. Nos es imposible trazar el gran cuadro; contentémonos con algunas pinceladas; y en verdad, una sola palabra bastaria para decirlo todo: es la palabra que el príncipe de los Apóstoles pronunció

(1) Matth. V, 45.—Luc. VI, 36.

(2) Joann. XV, 13.

como el elogio más completo de Jesucristo: pasó derramando bienes y sanando á todos los esclavizados por el espíritu del mal (1). ¿Por qué? Él mismo lo dice: porque Dios estaba con él (2). Esa es la historia del Catolicismo; porque él es Jesucristo obrando siempre sobre la humanidad por medio de su Iglesia. Es la obra de Dios: Dios está con él; Jesucristo lo dijo: estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo (3).

Para fijar las ideas en esta materia, es preciso hacer la comparacion del estado del mundo antes y despues de Jesucristo. Hagámosla, pues, en algunos puntos culminantes. Sea el primero la idea fundamental, Dios. El mundo pagano no le conocia. Para él todo era Dios, menos Dios mismo (4). El mundo habia puesto en su lugar á los astros, á las plantas, á las bestias, y á las pasiones más vergonzosas, personificadas en sus dioses. Y se comprende, hermanos míos. La humanidad tiene una gran pasion de Dios, tiene necesidad de él; pero el hombre no queria un Dios que fuese más que él mismo, que le obligara á ser mejor de lo que era. Aun cuando lo quisiera, no sabia encontrarle, porque no podia conocerle. El cristianismo ha satisfecho esa gran pasion, ha dado al hombre la verdadera idea de Dios, desterrando para siempre esa multitud de invenciones fantásticas y mezquinas de la razon entregada á las pasiones.

Descendamos al hombre. Jesucristo le ha enseñado su origen y su destino, su degradacion y su regeneracion. Sin la fe del Redentor, sin los sublimes dogmas de la creacion, del pecado original y de la redencion

(1) Act. Ap. X, 38.

(2) Id. id.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) Bossuet.